

Volutas de pitillo

Julio Derbez

A lo largo de mi vida he estado en contacto con el tabaco. Recuerdo con absoluta claridad la tos con que mi padre amanecía todos los días, lo despertaba primero a él, que una vez de pie, ella subía de tono, él y ella se teñían de angustia, y entonces nos despertaba a los demás miembros de la familia. Al entrar al pequeño despacho de mi padre yo sentía que me introducía a una nube. También recuerdo a mamá Chayo: su brazo izquierdo a través de su vientre, el puño cerrado y sobre de él el codo de su brazo derecho y en esa misma mano un cigarro mentolado. Mi abuelo Joaquín murió antes de que yo naciera, pero cuando papá Quín vivía, según mamá Chayo nos contó, fumaba a escondidas de él, pero con su anuencia; “ahora vuelvo”, decía ella, “sí, sí ya sé que vas a fumarte tu cigarrito”. Mi abuela, quince años menor que él, lo negaba con una sonrisa. Se escondía del abuelo porque le parecía una falta de respeto fumar en su presencia. Eran las costumbres en el Chiapas de principios del siglo pasado. Mi abuelo materno murió de cáncer en el estómago, sin haber fumado en su vida.

Mi papá Pepe, el abuelo paterno, a pesar de haber sufrido un infarto severo, nunca abandonó el cigarro y varias veces le sobrevinieron ataques de tos que tornaban su rostro violáceo, muy lejos del rosado habitual que coloreaba su piel y que no podían ser presagio de cosas buenas. Murió de enfisema. Casi todos mis tíos y tías, de ambas familias, fumaban.

Por el contrario, mamá nunca lo ha hecho y la buena salud la persigue a sus más de ochenta años. Recuerdo la primera vez que la desafié informándole —nada de pedir permiso—, “a partir de este día voy a fumar en casa y en tu presencia”. Me respondió que no, que de manera alguna. Yo me reí y le pregunté que qué era lo que pensaba hacer al respecto. “Apagarte los cigarros”, me dijo, “pues los vuelvo a encender”, le contesté. Esa tarde había salido a la calle a jugar fútbol, nos llovió y eso le añadió un reto

adicional al manejo de la pelota de plástico que pateábamos y animó el partido. Al finalizar, la victoria fue para mi equipo con un golazo que yo anoté. Insuflado por el triunfo, entré a la casa chorreando una mezcla de agua y sudor y me metí a la regadera, de donde salí con un gran antojo por un cigarro. Eran mis catorce y yo había aprendido a fumar de la mano de un amigo, un par de años antes. Al concluir el bachillerato ya éramos muchos más los que echábamos humo en los alrededores de la escuela o en los baños, ya que por supuesto en el plantel era ilegal (para los alumnos, no para los profesores) hacerlo. Esa prohibición volvía el cigarro más apetitoso aún.

Por alguna extraña razón nunca pude fumar sino hasta después de la comida. Ni siquiera se me antojaba hacerlo en las mañanas en que me transportaba con mi hermana mayor y dos de sus compañeras al colegio. En cuanto estábamos los cuatro, ellas tres encendían sus cigarrillos. Era la época en la que los héroes y heroínas del cine no podían aparecer en pantalla sin un cigarro. Entonces se apreciaba con veneración el buen tabaco después de un taco, el cigarro en la cama después del sexo o como instrumento de seducción, “¿me das fuego guapo?”.

En los aviones había ceniceros y los únicos sitios adicionales a la escuela, en los cuales fumar estuviera prohibido, eran los cines y teatros. Ni siquiera en los hospitales. Los cigarros se vendían en las farmacias sin restricciones de edad, de lo cual se sirvió mi padre muchísimas veces para enviar a alguno de sus cinco hijos a comprarle sus espantosos *Releigh*. Las boquillas y las marcas eran un asunto de *caché*, aunque no eran indispensables. Como en muchas actividades, el estilo era lo único que distinguía a los millones de consumidores, como el inolvidable Bogart o la insufrible María Félix.

Por aquella época tuve dificultades con las matemáticas y mis padres decidieron que antes de que esos problemas crecieran había que atajarlos. El hijo de una pareja

de amigos suyos era físico. Con él me mandaron por las tardes a tomar clases para regularizarme y de paso apoyaban un poco al físico amigo, cuya familia vivía de su sueldo como maestro en la UNAM, con lo que eso quería decir al despuntar los años setenta del siglo pasado en nuestro país. Así empecé a ir dos veces por semana a casa del buen Víctor que me explicaba lo que yo no entendía. Una de sus primeras lecciones fue descalificar los *Baronet* que yo consumía y darme a probar uno de sus *Delicados*. Noté de inmediato la diferencia y sin chistar adopté la marca. A la semana siguiente, cuando saqué mi cajetilla, me felicitó cual maestro complacido y me reveló que de joven él iba a fumar a nuestra casa. Era asmático, y con justa razón su madre se alarmaba al verlo llenar de humo su débil sistema respiratorio. Vivíamos a una cuadra de distancia y encontró la complicidad de mi padre que le convidaba de sus cigarros. Por entonces, papá fumaba *Delicados*: así se cerró el círculo: como fumador era yo nieto de mi padre. En mi vida de fumador jamás abandoné los “Delincuentes”, como los llamábamos premonitoriamente. A finales de la prepa, quien no portaba su cajetilla de cigarros, de la marca que fueran, era mal visto, seguramente se trataba de alguien aburrido o tonto. El cigarro afianzaba nuestros aires de pretendidos intelectuales, pero no sólo los nuestros, los de toda una sociedad cuya contemporaneidad dependía en buena medida de la capacidad de echar humo, las mujeres mostraban su libertad al encender un cigarro y esa libertad anticipaba libertades mayores y grandes deleites, como si fuera una adaptación a escala humana de tantos humos que hicieron potentes a diversas industrias y transportes.

Sin embargo, ese feliz maridaje entre sociedad y tabaco no tardaría más de una década en iniciar sus discusiones. Era de gran distinción consumir cigarros gringos y en ellos apareció una tibia leyenda en la cual el *General Surgeon*, Cirujano General —término incomprensible para nosotros— alertaba sobre un posible daño a la salud ocasionado por el consumo de tabaco. Pequeño aviso al que nadie, pero nadie, le hacía caso, ya que por otro lado, la tele, los personajes del teatro y del cine, alentaban con gran vigor a la gente a fumar. Más allá del mundo *Marlboro* y de las películas, en cualquier entrevista o reportaje, alguien aparecía con su cigarro prendido.

Indignados por la advertencia gringa, los fumadores nacionales le rebatíamos a la autoridad lejana como a todo lo abstracto y le negábamos la posibilidad de inmiscuirse en nuestros deleitosos hábitos. Suponíamos que era una muestra más del carácter timorato, cuadrado y aguado de los gringos. ¿Cómo no fumar después de comer acompañando un café, cuando el nervio nos invadía, cuando echábamos tragos o mirábamos el mar, o no podíamos dormir o despertar?, ¿y si hacía frío? En realidad pensábamos que era un placer sensual, como cantaba Sarita Montiel, y no un placer mortal.

Suponíamos que a deportistas y cantantes no les iba mal el tabaco; aunque no habíamos llegado aún a los ochenta cuando el holandés Johan Cruyff sorprendió al mundo con su alegre y eficaz fútbol, y nos volvió a sorprender cuando se hizo público, en pleno campeonato mundial, que el jugador fumaba todos los días al menos una cajetilla. Los fumadores pasivos no existían, punto. Y pobre de aquel no fumador que se quejara con disgusto, peor aún de los efectos que el humo le provocaba.

Los fumadores competían con ínfulas claras, o con falsa modestia, por ver quién lo hacía más. Platicaban, como si fuera una cuestión de orgullo, su necesidad de despertarse a media noche para satisfacer el ansia por la nicotina o la urgencia por salir de la regadera, encender un cigarrillo, darle dos o tres caladas y continuar el aseo.

En fin, el consumo de tabaco no era más que parte de la fiesta y la recomendación gringa una estupidez propia de esos ñoños güeros, blandengues y por supuesto tontos. Una sociedad que se ha caracterizado por ser contradictoria y que por aquellos años nadaba en las aguas de la psicodelia, buscaba ampliar su libertad e iniciaba su despertar ecológico al tiempo que, entre otras cosas, asesinaba vietnamitas con el pavoroso napalm.

Eran esos años rebeldes en los cuales los barbudos de la Sierra Maestra guiaban a las juventudes del mundo con sus puros en las manos como si fueran directores de orquesta.

Muchos fumadores he conocido y muy pocos capaces de salir por su propio pie de la red del tabaco; ejemplar para mí fue Jaime Sabines, nuestro gran poeta que tanto sufrió hacia el final de su vida. Un buen día, no recuerdo con absoluta precisión, entre la operación treinta y cuatro y la cuarenta, abandonó al que había sido su fiel com-



pañero durante más de cinco décadas. Lo hizo a base de amor propio y poder de decisión.

A los mexicanos nos hinchaba el pecho saber que el tabaco era una aportación de nuestro país a la cultura mundial y nos aferrábamos al desastroso pensamiento adolescente de “a mí no me va a pasar nada”. Sin embargo, a mí sí me pasó.

Cuando el cáncer apareció entendí de inmediato que mi vida había cambiado para siempre. Aún hoy me sorprende cuánto. No hay día en el que no revolotee frente a mí algún temor o algún malestar.

A la fecha, la presumida ciencia no ha podido discernir cuál es la causa del cáncer, pero todos los estudios apuntan al tabaco y a la carga genética como “los grandes causantes” del mal. Es cierto que hay casos de gente que jamás fumó —difícilmente podríamos decir que nunca estuvo en contacto con él— y que fue víctima de la enfermedad. Pero son los menos, la gran mayoría de los que hemos sido invadidos por nuestras células locas, hemos aspirado el humo del tabaco.

En mi juventud tuve una fantasía que no llegué a cumplir, esa fantasía era que a los cuarenta años correría el maratón, no me importaban la velocidad ni la fuerza con la que lo pudiera hacer, lo único que en realidad me importaba era poder tener el aire para desplazarme a lo largo de esos cuarenta y dos kilómetros y pico. Empecé a prepararme para intentarlo, de alguna manera ya tardíamente, y quizá lo único que hice bien fue dejar de fumar, me costó un gran trabajo, pero lo logré. De ahí en fuera el resto del entrenamiento necesario, empezando por aprender a correr, no lo llevé a cabo y conforme se aproximaban los cuarenta años acepté resignado que nunca iba a correr esa carrera. Había sido sólo una fantasía.

Más adelante decidí que era el momento de dejar de beber, yo era un bebedor fuerte, un bebedor pesado, y antes de cruzar la raya del alcoholismo decidí detenerme. Sin embargo, para poder dar ese paso que ya reclamaba con urgencia mi salud tanto personal como familiar, volví a fumar, no cigarrillo como lo había hecho a lo largo de mi vida de fumador, sino en esta ocasión los pequeños puros holandeses y cubanos que inundaban el mercado mexicano y, como buen ex fumador de cigarrillos, me era inevitable darles el golpe a los puritos. Humeaba uno, dos o diez, dependiendo del día y del estado de ánimo, me gustaba por las noches fumarlos dos o tres seguidos mientras leía con el fin de convocar al sueño. Logré apartarme de la bebida y seguí consumiendo esos pequeños puros hasta que me diagnosticaron cáncer. Desde entonces no he vuelto a inhalar humo. Mi cáncer fue pulmonar, el tumor principal estaba alojado en el pulmón derecho, del cual perdí dos lóbulos.

Una vez que los tratamientos largos, que incluyeron demasiadas cosas como para narrarlas aquí, concluyeron, mis médicos me hicieron ver que lo más importante era



Raleigh, 100% tabaco importado, anuncio espectacular, ca. 1950

intentar conservar la salud. Por otro lado, yo entendía que mi paso por el cáncer podía ser de utilidad para alguien más que estuviera atravesando por ese camino. Recibí una invitación para escribir un libro que me llenó de gozo y en el cual plasmo precisamente cuál fue el itinerario de ese intruso que se había adentrado en mi organismo. A partir de ese momento he recibido algunas invitaciones, para escribir o hablar sobre el tema, de parte de algunos grupos contra el tabaco. No dejo pasar una sola. Independientemente de mi experiencia, el tabaco ha vuelto a mi casa, ahora en los pulmones de mi hijo mayor.

Amigos míos, muy queridos, muy estimables, muy reconocidos dicen que no debo de hablar de ese tema, ya que tengo el pecado de tener la pasión del converso, les doy toda la razón en el sentido de que me anima la pasión del converso. Sin embargo, no coincido con ellos en cuanto a que eso me deba llevar al silencio, justo me parece que es al contrario y que esta experiencia que viví, y reitero, nadie puede decir cuál fue su origen. No me atrevo a afirmar que fue un problema cien por ciento adjudicable a la inhalación del tabaco, sin embargo estoy cierto de que, en un amplio porcentaje, contribuyó a mi enfermedad y, contra lo que mis amigos opinan, siento ahora la necesidad de ayudar en todo lo que pueda para transmitir la visión de que el tabaco no es una puerta de libertad, ni



ascender un peldaño en la escalera de la vida. Como toda adicción, el tabaco es una jaula, una limitación a nuestra libertad, una imposición del exterior que encaja a la perfección con las carencias y necesidades de nuestra psique.

No es cierto que el que fuma lo hace exclusivamente por el placer que siente al inhalar el humo del tabaco. Hay algo que acompaña ese placer y que proviene de adentro. No me voy a desviar aquí para hablar de las posibles razones que llevan a personas en edades cada vez más tempranas hacia el tabaco, ésa es tarea de expertos en la materia.

En lo único que tengo experiencia es en haber padecido la terrible enfermedad llamada cáncer, que si bien no acabó conmigo, cambió por completo mi manera de ver la vida. Hay horas del día en que vivo con alegría, absoluta paz y certeza, es decir, con un bienestar robustecido por lo que me enseñó el cáncer, pero hay otros días que no puedo festejar nada, ni el aire ni el amor ni siquiera estar vivo, ya que mi cuerpo y mi mente son cada vez más conscientes de su fragilidad. Si bien es cierto que mi existencia es alegre, también lo es que vivo con el temor a la reaparición de la enfermedad de manera tan imprevista como llegó. Una tos, un olvido, una dificultad para comer, zumbido de oídos, cualquier alteración estomacal, insomnio o tristeza son motivo de alarma y de conjeturas múltiples. Uso la única defensa que he desarrollado para contener la angustia: mi imperfecta y pobre fe.

El tabaco es un negocio, no es nada más una demanda de los fumadores, es un negocio impulsado por las grandes tabacaleras que actúan con cinismo y con la obsesión por ganar dinero a cambio de que la gente lastime seriamente su salud. El nuevo trueque es: dame tu dinero y a cambio yo me llevo tu salud. Cinco siglos después los nefastos cigarros son los modernos espejitos con que los conquistadores atracaron a los originales habitantes de este México nuestro. Todos los fumadores sufren consecuencias en su cuerpo, aunque sean en apariencia menores, dependiendo por supuesto de la constitución de cada quien y del nivel de consumo de la droga, convenientemente sazonada por los barones imperiales del tabaco con más de cuatrocientas sustancias tóxicas para reforzar la adicción. El fumador depende del veneno para vivir bien; el cigarro se vuelve un bastón, una muleta, sin los cuales no se puede caminar.

Las compañías tabacaleras han llevado de manera miserable el cigarro hacia los pueblos más necesitados de la Tierra. Por un despiadado cálculo mercadológico ahora llevan su mercancía a África y a los países asiáticos, ante la desaparición o la caída en picada del consumo en los países, salvo China y Japón, más poderosos del planeta —y por ende con una ciudadanía más y mejor informada, más organizada y más participativa— y empieza a sufrir serias derrotas en países menos poderosos como el nuestro.

Las nuevas disposiciones legales en contra del tabaco sufren ya embates de los malos de la película; como todo cambio la Ley va a tener jaloneos, va a enfrentar resistencias animadas por la industria tabacalera y por la genuina convicción de los fumadores, convencidos que la prohibición de fumar en sitios públicos es un atentado contra su libertad, a pesar de que el único derecho que consagra la Constitución es el derecho a la salud. Bajo esta óptica, los fumadores tienen todo el derecho de fumar mientras su humo no afecte a nadie más. Esto ya forma parte de otra discusión pero me parece que es importante señalar los avances que se han dado en nuestro país, gracias a la preocupación de un grupo cada vez más numeroso de mexicanos que buscan mejorar su salud y la de sus hijos.

Dos cosas más: la primera, me llama mucho la atención que un empresario tan políticamente correcto como Carlos Slim siga metido en ese negocio. ¿Será tanta la ganancia? ¿Habrán por ahí algún atavismo psicológico que le impide alejarse de uno de sus primeros grandes negocios? Quién sabe, pero su participación en esa industria no es digna de él.

Cuánto me gustaría que mis hijos recordaran con disgusto cuando en los antros y restaurantes se podía fumar, tal como muchos lo hacemos hoy al pensar en los aviones que volaban entre nubes de humo. Y más aún me gustaría que mis nietos nonatos le preguntaran a sus padres, ¿qué es un cigarro? [1]